

Núbilus

José Antonio Fideu Martínez

Núbilus

José Antonio Fideu Martínez

“El diablo es optimista si cree que puede hacer más malo al hombre”

Kart Graus (1874-1936)

Núbilus.

© José Antonio Fideu Martínez

© Dolmen Editorial por la presente edición

ISBN: 978-84-935993-7-9

Depósito Legal:

C/Guillem Massot nº 7, 1º, 2ª

07003 Palma de Mallorca

dolmen@dolmeneditorial.com

Impreso en España por Aleu SA

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Corrección: Rocío Orraca. Maquetación y diseño colección: Mari Paz García. Portada: Alejandro Colucci. Editor: Vicente García. Director colección: Jorge Iván Argiz. Precio en Canarias, Ceuta y Melilla incluye gastos de transporte.

Dedicatoria

Cuando la oscuridad te acecha, es difícil encontrar una senda por la que caminar sin perderte. Algunas personas, con su sola presencia, te ayudan a ver en la umbría que es la vida a veces. Estas personas son como antorchas, fuentes de luz que te acompañan y te guían sin darse cuenta, quizás sin pretenderlo. Este libro está dedicado a algunas de ellas:

A mi padre, que me enseñó a leer y me indicó el camino siendo muy niño...

A mi querida Rogelia, que ilumina mis días con su sonrisa desde que teníamos dieciséis años...

A mis amigos Dani, Rafa, Miguel Ángel, Agustín y Katy, por acompañarme en este viaje y por tantas otras cosas...

Y, por último, a Vicente Cifuentes, por tener fe en mí y en mis historias.

Sin vosotros nada de esto habría sido posible. El Núbilus me habría vencido...

UNA BUENA PORTADA

Una buena portada es un milagro, cualquier buen comienzo lo es.

No todos los grandes héroes tienen la misma suerte. Superman llegó al mundo mucho antes. Estaba, seguramente, esperando en el interior de la cabeza de Siegel hacía años, pero hizo su primera aparición ante nuestros ojos atentos en el número uno de la revista “Action Comics”, y la portada de aquel tebeo era una escolta tan infalible, era tan poderosa y sorprendente, con aquel titán de acero vestido con su eterna capa roja, levantando el viejo coche como si fuera de cartulina, que casi ni habría hecho falta seguir leyendo. Aquella portada que todos recordamos —al menos la recordamos todos los que una vez quisimos ser él—, era extraordinaria; tan simple pero a la vez tan llena de posibilidades que casi te obligaba a comprar el tebeo. Los que de pequeños la mirábamos, sufríamos una suerte de hechizo extraño y quedábamos inmediatamente fascinados por ella. Verla y correr para tratar de buscar las monedas para comprarlo, apenas diez centavos en el momento en el que fue editado, eran hechos que se sucedían de manera casi mecánica, como si el discurrir de los acontecimientos no pudiera ser otro... aún hoy, medio siglo después, este proceso causal sigue repitiéndose aunque lo que se cobre ya no sean únicamente centavos.

Batman tuvo una suerte diferente. La primera vez que apareció en la portada de una revista, en el número veintisiete de "Detective Comics", lo hizo colgado de un cable, agarrando por el cuello a un mafioso de chaleco naranja. La escena carecía de la fuerza primaria que derrochaba la portada del Hombre de Acero y, sin embargo, ya decía mucho de lo que era, o de lo que llegaría a ser, el personaje con el paso de los años. Nos mostraba a un ser de génesis desconocida, encapuchado de negro, más parecido a cualquiera de los villanos que ya habíamos conocido que a ninguno de nuestros héroes... Batman siempre ha sabido esconder su valor en las sombras, en el lado oscuro que tanto nos atrae a pesar de su fealdad. Ha sido siempre el héroe que mejor ha sabido transformar el mal, el dolor, en bien...

Esta primera portada, ya digo, no fue gran cosa. Hoy es mítica por ser la primera, pero no creo que lo sea por otro motivo. Era incomparable a la del número uno con ese Slam Bradley apareciendo con el revólver humeante detrás de un cristal roto. Sin embargo, a él no tardaron en llegarle las grandes portadas también. Muchas, mi abuela siempre pensó que eran demasiadas, se mantienen embalsamadas en mi memoria: la del número treinta y uno, con ese hombre murciélago gigante que observa la escena como un dios de papel, medio oculto por la bruma, o la del cuarenta, con Robin a punto de caer al vacío, agarrado a un mástil de bandera en primer plano; la del sesenta y dos, la primera con Joker, o la del ochenta...Y después tantas otras. Son muchas y, sin embargo, las recuerdo casi todas.

Grandes portadas; todos los héroes las tienen. A unos les llegan antes y a otros después, pero todos las tienen. Las portadas históricas son como las primeras novias: puede ser que las hayas mirado poco, puede que pasaran por tus manos de manera fugaz, pero nunca las puedes olvidar; te gustaría, siempre, regresar al lugar y al momento en que fueron tuyas. Cada una señala un acontecimiento memorable en la vida de un personaje y, lo que es todavía más importante, suelen indi-

car también, como letreros de neón, aquellos instantes de tu niñez en los que durante unos segundos, por muy poco dinero, has sido casi completamente feliz.

Al Capitán Meteoro le costó un poco. Era un personaje increíble, uno de esos semidioses creado en la edad de oro que no necesitaba de mucho para volverse invencible, pero al que, sin embargo, le costó algo más arrancar. Lo inventaron en 1938 dos jóvenes: un ingeniero medio ciego de Kansas llamado Vincent F. Martin y un prometedor dibujante de Minnesota, un tal C. C. Beck, poco conocido por aquella época, que luego terminaría siendo muy popular por crear la primera familia de superhéroes conocida.

El caso es que este Beck, que era un genio con el lápiz y la tinta china, nunca debió de ser muy lince para los negocios, porque renunció a los derechos de su primer superhéroe por unos cuantos dólares y un pequeño terreno, un erial de tierra anaranjada en medio del desierto, que había sido de la familia del guionista y en el que supuestamente brotarían fuentes de petróleo con sólo dar una patada a una piedra. Desde ese momento fue Martin quien dirigió el destino del Capitán Meteoro y quien, acompañado de diferentes dibujantes, elevaría al personaje hasta su cénit... Ni qué decir tiene que, por el camino, el nivel de su cuenta corriente también se elevó un poco.

Es curioso porque, algo después de deshacerse del Capitán Meteoro, el pobre C. C. creó otro personaje que hoy también es mítico —el Capitán Marvel, Shazam—, y fue acusado por la competencia, Detective Comics, de haber plagiado a Superman. La verdad es que ambos tenían cierto parecido, pero cualquier aficionado se habría dado cuenta rápidamente de las innumerables diferencias que separaban a ambos héroes. El sentido de las historias, el origen de los poderes, el tono narrativo, todo era distinto... Sin embargo, el litigio se mantuvo durante años y finalmente el dibujante, que no encontró el petróleo prometido, terminó malvendiendo también los derechos de este otro personaje a la citada editorial, y retirándose a Gainesville, en Florida, donde murió algunos años después.

Mientras tanto, el Capitán Meteoro seguía ascendiendo, elevando el nivel de sus aventuras más y más. Vincent F. Martin fue inteligente y contrató a algunos de los más jóvenes y prometedores artistas del momento. Aquellos amigos con talento que hasta hacía bien poco le invitaban a café y le contaban sus proyectos, pasaron a ser, en unos meses, empleados suyos. La popularidad del personaje crecía y alrededor de él iban surgiendo otros héroes con los que no tardó en formar uno de los universos de ficción más excitantes y divertidos de toda la historia de los cómics.

Fue entonces cuando llegaron las grandes portadas. La del número cuarenta era increíble. “El verdadero origen del Capitán Meteoro”, en letras rojas que parecían ser de magma hirviente, y sobre ellas el cometa que, al caer sobre su laboratorio, transformaría al ingenuo doctor Jerome T. Gold en un ser infinitamente poderoso. Recuerdo también la del ochenta y tres, aquel capítulo se titulaba “La muerte de la inocencia”, y en él moría Marie, una rubia cursi, odiada por todos nosotros, que ejerció, para bien de la serie, de novia de nuestro héroe únicamente hasta aquel capítulo. La del número cien estaba muy bien y la del ciento veintidós también, la del primer especial de verano era magnífica... Y sin embargo, de todas ellas, la que más impacto me causó siempre fue una que la mayoría de los críticos olvidan, pero que a mí me fascinaba y me aterraba casi en igual medida. Era la del número trescientos sesenta y dos: “El Capitán Meteoro contra el Núbilus”

Era oscura. La mayoría de las portadas de la época estaban saturadas de color y movimiento, y casi todas mostraban escenas de acción que tenían lugar de día. El héroe se enfrentaba a un peligro que parecía superarle siempre, pero que, todos lo sabíamos, no era más que un juego, otra pequeña prueba en la incesante carrera de cualquiera que dedicase su vida a luchar contra el crimen vestido con leotardos; una broma que podía herir, pero nunca matar. Por aquel entonces los buenos todavía no morían... Y sin embargo, como digo, aquella portada era diferente. Se adelantó en años a las propuestas de las historias que triunfan hoy en día. Aparecía el Capitán, sí, pero no

lo hacía volando, ni golpeando malhechores, ni destruyendo amenazas de metal; aparecía sentado, de frente al espectador, como derrotado, apático, en una pose de abandono muy impropia de él, e iluminado únicamente por un foco de luz situado justamente encima. La escena era sencillamente desconcertante. Había algo insano en la mirada de aquel hombre, como si todo el pecado y la culpa se hubieran concentrado en aquellos ojos de tinta china. Llevaba barba de varios días — algo inconcebible en un personaje como aquel, en aquella época —, y su traje, siempre immaculado hasta entonces, aparecía manchado, como descolorido y mal ajustado, mostrando arrugas y descosidos por todos lados. Esto, claro está, era sólo un recurso. El Capitán Meteoro era invulnerable, y su vestimenta, por supuesto, también... pero no dejó de admitir que fue un recurso muy efectivo.

A un lado, en la esquina superior izquierda del dibujo, lo recordaré siempre, dos ojos rojos observaban, conspirando en la sombra, sabedores de la derrota, y una mano sarmentosa, la mano de un viejo arrugado de uñas melladas, surgía de la oscuridad como deseosa de poder cazar el espíritu derrotado de mi héroe para llevarlo a no sé qué infierno de papel. La composición era sencilla: un único cono de luz, un gran triángulo isósceles, dividía la escena en dos partes: una iluminada, con el protagonista vencido sentado sobre una vieja silla de madera, y otra, la parte negra, una gran sombra de tinta china de la que emergía el mal en forma de garra. Y por encima de todo esto, los rótulos; el de cabecera de la colección, en el que siempre había aparecido el nombre del héroe, estaba partido en dos... ¡Partido en dos...! Estoy seguro de que gran parte del impacto que me causó siempre aquella portada era debido al hecho de ver el nombre de mi querido Capitán Meteoro destrozado de tal manera. Ver aquellas palabras rotas me producía un deseo extraño, mezcla de inquietud, curiosidad, miedo y sed de venganza, que sólo he vuelto a sentir años después mirando la cara de alguna mujer. Ver aquello era, realmente, ver su alma partida.

Sí, aquella era una gran portada, y las páginas que protegía, aquella historia secreta que ocultaba, eran un poema épico en viñetas que resumía la vida claramente. Entonces no lo supe ver. Para mí, aquellos papeles no eran más que aventuras, un mundo soñado en el que me hubiese gustado perderme, en el que habría desaparecido para siempre, sin dudarlo, de haber podido, y sin embargo, ahora me doy cuenta de que sembraron en mi alma una semilla de luz que ha ido germinando, poco a poco, oculta tras kilos y kilos de mentiras adultas, y que ha terminado haciendo de mí el hombre que ahora soy. Esas páginas me enseñaron, ya por entonces, que en el dibujo de mi mundo no cabe el gris, que las cosas son blancas o negras, que hay bien y mal, y que puedes, siempre, definir claramente dónde se encuentran uno y otro, atendiendo únicamente a la cantidad de tinta usada, a la cantidad de oscuridad... a la cantidad de pecado.

Tengo que contarte una historia muy oscura. Es una historia que, estoy seguro, te hará daño en algunos momentos. Ya sabes que no hay nada que pueda desear menos que el herirte a ti, pero debes conocerla, porque esta historia es, en parte, también tu historia y la de tu hija y la de Simon. No puedo permitir que se me escape el más mínimo detalle. Voy a hacer un gran esfuerzo para escribir sin faltas de ortografía, y trataré de ser tan fiel a la realidad de estos últimos meses como me sea posible. Puede que a veces te aburra también, pero, créeme, la minuciosidad, en este caso, está justificada.

He comenzado ya. El principio de todo es, aunque parezca increíble, aquella vieja y arrugada portada del cómic del Capitán Meteoro que, de pequeño, guardaba debajo de un cajón y que nunca cambié con nadie.

1. De facturas y de fracturas

Ya sabes cómo soy. No valgo mucho. Puede que ésa sea mi mayor virtud. Soy un hombre que conoce sus defectos, quizás demasiado bien. No soy muy listo, ni tampoco muy gracioso, ni muy guapo, ni muy constante en nada... y ni siquiera soy demasiado valiente. No tengo muchas virtudes, sólo algunos vicios, deudas, y unos pocos músculos, que se resisten a abandonarme a pesar de mi constante dedicación a intentar enterrarlos bajo capas y capas de grasa de la peor calaña. Sé que tú no me ves así, y ésa es una de las razones por la que siempre me gustó estar contigo: tú siempre me veías bien. Me mentías y me tratabas con cariño, y yo me dejaba engañar. Hasta tal punto tus palabras eran curativas, que ejercían sobre mi mente una especie de efecto placebo que ningún otro medicamento hubiera logrado jamás. Cuando abandonaba vuestra casa, siempre lo hacía rejuvenecido, y durante unas semanas era como si el deterioro de mi espíritu se detuviera. Los días siguientes a alguna de mis visitas, comenzaba siempre un proceso utópico en el que me prometía cambiar. Estar en vuestro comedor era como ser indultado de una culpa que no me dejaba vivir y, al marcharme, me juraba que ya nunca

volvería a emborracharme, que abandonaría para siempre las hamburguesas y la carne de cerdo y la crema de cacahuets y la salsa Jalisco... Me imaginaba encontrando a una buena mujer, que casi siempre eras tú con otro pelo u otros ojos u otro cuerpo. Me compraba un frasco de colonia nueva y durante un tiempo me esmeraba en vestir con ropa limpia y me duchaba dos veces al día...

No. No soy ninguna joya y, sin embargo, siempre he sabido que aun sin ser el mejor en casi nada, tampoco he sido nunca el peor. Puede que ser mediocre en todo sea, en realidad, una bendición. Muchas veces lo he pensado, quizás ése sea mi auténtico gran superpoder. Superman vuela y es duro como el acero, el Hombre Araña trepa por las paredes, Flash es rápido y yo... bueno, yo simplemente soy normal en casi todo, quizás un poco más fuerte por fuera que por dentro, pero tampoco demasiado. Sin embargo, sí que puedo decir que he conocido a muchos hombres en estos años, y créeme, yo no estoy entre los más malos.

Melvin Lim tampoco era uno de ellos; nunca robó, nunca mató. Es cierto que había deseado a la mujer del prójimo más de una vez, pero no creo que ése fuera pecado suficiente como para condenarle. En realidad, si hubiéramos sumado los pecados de Melvin y los hubiéramos enfrentado a sus virtudes en una balanza, seguramente el plato de las cosas buenas habría vencido con creces. Había conseguido, después de trabajar como un negro durante casi cuarenta años, comprar un local y montar un pequeño negocio que no le haría rico, pero con el que tampoco le habría faltado nunca para comer. No fue culpa de Melvin el haber nacido medio idiota y sin demasiada suerte. No fue culpa suya el haberse creído todas las mentiras que el mundo de hoy nos cuenta, ni se le puede juzgar por tener debilidades. Trabajaba todos los días de sol a sol en su lavandería desde hacía años, y un día vio que lo mejor de la vida se le había escapado y que, lo que quedaba de él, permanecería encerrado entre aquellas paredes verdes, prisionero para siempre. Pobre Melvin, cuando quiso darse cuenta, se encontró con que ya no le gustaba su cuerpo, ni su dormitorio, ni su cuenta corriente, y lo peor de todo es que tampoco le gustaban

mucho su pasado o su futuro. Se vio solo, abandonado, al cargo de una criatura que no entendía y que le recordaba constantemente cómo debería de haber sido su vida, y se ahogó en un foso de lamentos y autocompasión que, sin saberlo, había cavado él mismo.

Melvin Lim tenía más de cincuenta años cuando lo conocí y pesaba, seguramente, más de ciento veinte kilos y, sin embargo, era como un niño pequeño. El miedo lo mantenía inmobilizado, con la mirada constantemente perdida, y cuando conseguía moverse, cuando por fin reaccionaba, lo hacía siempre a destiempo, con demasiada violencia o con tan poca fuerza que casi nadie reparaba en él. Los chistes de Melvin no tenían gracia, cuando se arreglaba escogía la ropa de una manera grotesca, combinaba cuadros y rayas, y casi nunca olía bien. Quizás por eso, porque a nadie le importaba, o tal vez por aquella expresión continua de despiste, por su timidez y su aspecto desamparado, yo siempre había intentado ser bueno con él. Me parecía que meterse con un tipo así era como meterse con el más pequeño del recreo.

Recuerdo la última vez que le vi. No te puedo decir si aquel día lo maté o no porque ni siquiera me volví a mirarlo. Llovía a cántaros. Era una de esas tardes extrañamente tristes y húmedas de finales de verano en las que el mundo entero parece de plomo. Las paredes son más grises, el aire es más pesado. Aquella tarde suicidarse e ir al infierno no parecía la peor alternativa... Al menos, el infierno sería menos caluroso y tendría color.

Esperé frente al cristal del escaparate un rato hasta que me terminé el cigarro, medio escondido en uno de los soportales de enfrente. La verdad es que no me apetecía nada entrar allí. Yo no soy un mafioso, tú lo sabes, y el tener que ponerme chulo, menú que para algunos es el pan de cada día porque comen de él, me costaba cada vez más; no era para mí plato de gusto. Así que busqué durante un rato una excusa para no entrar: conté lavadoras, leí los carteles hasta saberme de memoria las ofertas y, luego, me dije que sólo entraría si la

tienda se quedaba totalmente vacía, con la esperanza de que la gente no dejara nunca de entrar y salir de allí... Pensaba que nadie se atrevería a abandonar aquel lugar con tal chaparrón, que no se arriesgarían a mojar la ropa recién lavada y que lo peor que podía ocurrirle a Melvin era que algún transeúnte más entrase a refugiarse en su local. De haber sido así, seguramente habría terminado cansándome y me habría alejado de allí, satisfecho, como había hecho ya otras dos veces aquella misma semana. Sin embargo, aquella tarde, a Melvin volvió a fallarle, como de costumbre, su suerte. Apenas cinco minutos después de haber tirado yo la colilla, la lavandería quedó casi totalmente desierta. Primero salieron dos mujeres que se alejaron dando saltos entre los charcos, y luego un muchacho cargado de bolsas de papel al que no parecía importarle demasiado la lluvia. No me quedó alternativa. Tuve que pasar.

La lavandería de Melvin era, normalmente, un sitio bien iluminado. El local, rectangular, se encontraba dividido en calles por enormes y ruidosas filas de lavadoras y bancos de madera, y aunque la única luz de la calle entraba por el cristal del escaparate, él se había cuidado siempre mucho de tener los tubos fluorescentes del techo en perfectas condiciones para que todo fuera del agrado de sus clientes. No quería sombras. Pobrecillo, creía que había un orden perfecto en aquella lavandería; lavadoras a un lado, secadoras al otro, y al fondo el mostrador y el resto de las máquinas, las planchas y el almacén; y pensaba que los clientes que pasaban por allí le habían agradecido siempre esta disposición, este orden.

Al entrar casi ni me di cuenta, pero había alguien más en el interior del local. Sentado en un taburete más alto que él, como un buitres sobre un cactus, el hijo de Melvin Lim leía un viejo y desgastado tebeo. Apenas lo miré. Otras veces había venido a visitar a su padre y me lo había encontrado, siempre en el mismo lugar, siempre igual de quieto y callado, acechando, y nunca había llegado a pensar en él como en otro ser humano. El niño de Melvin era una pieza de atrezo más, como las perchas o las lavadoras o los carteles de las paredes. Nunca llegué

siquiera a pensar que lo que yo hacía podía herirle a él también. Yo entraba, lo saludaba, me metía en la trastienda y le cobraba la pasta a su padre sin hacer mucho ruido, y él me veía entrar, me saludaba, me veía meterme en la trastienda y esperaba sentado en el mismo sitio, casi en la misma posición, hasta que yo salía con la pasta sin haber hecho nada de ruido. Nos despedíamos, yo desaparecía de su universo y él desaparecía del mío.

Aquella tarde ocurrió igual.

—Oye, hijo, ¿está por ahí tu padre? —El buitre me miraba con ojos asustados; era normal, el verdadero carroñero era yo—. Le traigo un recado...

—Sí, señor, ahí detrás. En la trastienda.

Recorrí la distancia hasta el almacén con prisa. Sabía lo que me esperaba al otro lado de la cortina y no estaba demasiado orgulloso de lo que iba a hacer. La mirada de aquel pequeño era un juez tan severo que apenas podía cruzar mis ojos con los suyos sin sentir vergüenza. En realidad los niños son los únicos que, de verdad, están capacitados para juzgarnos, sus pecados son tan blancos y livianos que ni siquiera deberían de ser llamados así. Ellos, sin saber, te condenan; su desprecio, o su miedo, o su odio, son tu propio desprecio, o tu propio miedo, o tu propio odio reflejados, porque lo que te muestran es un alma sin mancha, un alma que es como lo fue la tuya hace demasiados años.

—Hola, Melvin —dije al entrar.

Melvin me esperaba fingiendo seguridad y simpatía, como hacía casi siempre, sentado al otro lado de su vieja mesa de despacho. Nada más verme, sobre todo si estaba su hijo, se escurría hacia la trastienda y me esperaba allí como un perro amaestrado. Normalmente, visitarlo era un trámite incómodo, él sudando y poniendo excusas, y yo fingiendo ser mucho más malo y peligroso de lo que en realidad he sido nunca. Sabía que aquel hombre gordo que temblaba como si fuera de gelatina cuando yo me acercaba a él, aun siendo lo suficientemente idiota como para malgastar sus escasos ahorros en apostar

a caballos que siempre se las arreglaban para perder, era también lo suficientemente listo como para no intentar ninguna jugada peligrosa. Ir a casa de Melvin era un mal trago, pero no por que sintiera que me la jugaba con él, nunca le temí, sino porque al apretarle, destilaba miedo por cada poro de su cuerpo y me hacía sentir rastrero y sucio.

—Escúchame, Joe... —Me hablaba mirando al suelo, como avergonzado, medio sollozando—. No tengo la pasta... Me dijiste que tenía hasta el jueves. Hoy es miércoles...

La verdad es que yo no sabía si de verdad le quedaba plazo todavía o estaba haciendo uso de su escaso ingenio para retrasar el comienzo de la danza que tantas veces habíamos bailado juntos. Daba igual, yo ya estaba allí y era hora de bailar un poco. No te creas que soy un sádico y que disfrutaba pegándole a aquel viejo, que no me doy cuenta del daño que le causaba. No. Yo no lo hubiera querido así, pero ése era mi trabajo, y en él existían unas reglas similares a las que rigen cualquier profesión. Cuando vas al médico esperas que te cure; da más o menos igual que sea simpático o no, si viste con bata blanca, lleva estetoscopio y termina diciéndote que estás sano. Cuando vas al taller esperas que el mecánico esté manchado de grasa y que lleve una llave inglesa en la mano, y cuando vas al carnicero esperas verlo con el delantal salpicado de sangre, afilando el cuchillo. La verdad es que no me gustaba mucho tener que terminar rompiéndole las costillas a nadie, pero de no haberlo hecho alguna vez, de no haber empleado un poco de violencia, nunca habría sido considerado por mis clientes, nunca me habrían respetado como profesional y hubiese terminado en el paro o en algún lugar mucho peor, más estrecho y frío. De todas maneras, aunque para desgracia de Melvin, era hora de que me ganara el sueldo; ambos sabíamos que, en aquella ocasión, no pasaría de agarrarlo por la pechera y de zarandearlo un poco. Quizás un gancho en el hígado y algo de presión en los testículos, pero poco más; el crujir de huesos lo reservaba para deudas mayores y retrasos más prolongados.

—Eres un jodido gilipollas, Melvin. Si no pagas, vendrá alguien mucho más malo que yo a cobrarte y te hará mucho más daño del que voy a hacerte yo.

Pobre hombre, estaba acorralado. Me imagino lo que debía de sentir al verse empujado por mí, al sentir cada uno de mis golpes, tratando de no quejarse demasiado fuerte, mientras su hijo escuchaba sentado en un taburete en la habitación de al lado. Me imagino cómo debía de odiarme... y sin embargo fingía siempre. Se mostraba amigable y servil a mi llegada y aceptaba el castigo con resignación, casi como si de verdad lo hubiera merecido, sólo por sobrevivir.

—No me pegues, por favor. Tendrás la pasta... pero no me pegues delante de mi hijo. ¿Qué va a pensar de mí el pobre chiquillo si cada vez que vienes me machacas contra la pared?

—Seguramente pensará que tiene un padre gilipollas que se gasta el dinero en putas y en apuestas en vez de gastárselo en llevarlo a Disney World, y que por eso viene un tío de vez en cuando y le parte los morros. Por gilipollas...

—No me pegues, Joe. Sabes que siempre te pago. No me merezco esto... Además, no lo hagas por mí si no quieres, hazlo por el chico... Búscame esta noche y haz lo que quieras conmigo si no te doy el dinero, pero no delante de él... Otra vez no.

En ese momento Lim sacó fuerzas de flaqueza e hizo algo que, hasta entonces, nunca había siquiera intentado. Levantó el rostro y me miró. Me agarró por las muñecas y, dejando de temblar por un momento, clavó su mirada en mí, hiriéndome sin tocarme. En ese momento, los ojos de Melvin Lim se volvieron los ojos de su hijo y ya no pude seguir empujándolo. Como cuando me mirara el pequeño, sentí vergüenza. Por un instante, su desprecio, su miedo y su odio, fueron mi propio desprecio y mi propio miedo y mi propio odio reflejados. Lo solté asqueado, y tuve que sacar fuerzas de donde no las tenía para fingir seguridad y replicarle.

—Tienes hasta mañana a las doce —le dije apartando la cortina, dándole la espalda—. Si no traes la pasta, procura que tu hijo no venga...o mejor, no vengas tú tampoco.

Sin embargo, nada más abandonar la habitación, yo ya me había olvidado de facturas y de fracturas. Iba satisfecho, casi contento, como el verdugo al que llaman la noche antes de una ejecución para decirle que han indultado al reo. Como ves, no valgo para esto. Soy muy grande y bastante fuerte, tengo mucha mala leche — otro de mis superpoderes inútiles —, y sin embargo, ya lo sabes, nunca he podido ser malo. ¡Qué fracaso de matón...! Necesitaba que el moroso me calentase para poder calentarlo yo a él, y daba gracias a Dios cuando se me escapaba vivo algún desgraciado como Lim.

El capítulo de este hombre habría terminado, normalmente, aquí. No habría sido un gran capítulo, pero yo me habría marchado y, para bien suyo, no me habría vuelto a ver hasta el episodio siguiente, el del jueves. Sin embargo, como digo, Melvin Lim tenía muy mala suerte. Casi había salido, estaba ya junto a la puerta, cuando me crucé por delante del pequeño buitre. El hijo de Lim había emigrado hacia la parte contraria de la tienda, había colocado su taburete frente al gran cristal del escaparate y se había puesto a leer allí, de cara a la calle. Lo miré al pasar. De alguna manera, necesitaba que aquel pequeño se diera cuenta de que en esa ocasión no había sido tan cruel. Necesitaba también su indulto para que el resto del día fuera un poco menos malo.

Durante unos segundos nos miramos sin saber qué decirnos... y entonces ocurrió. Los pecados de Melvin Lim decidieron vengarse de él y empujaron a la vez, hasta que el platillo de la balanza en el que los había escondido comenzó a bajar y bajar. En el mismo instante en el que el peso hizo llegar el brazo de las cosas oscuras hasta el tope, yo fijé, por casualidad, mi mirada en el tebeo que leía el pequeño.

Sí, allí estaba. Lo has adivinado. Era el Capitán Meteoro. Quizás no el mismo Capitán que yo conocía, éste parecía mucho más fornido, más brillante, y, desde luego, menos real, pero era él. El traje había cambiado un poco, pero seguía machacando los culos de los malos como hacía cincuenta años...

—El Capitán Meteor. Pensaba que ya no lo vendían —le dije señalando el tebeo.

El chiquillo me miró sorprendido y no dijo nada.

—Joder, es cojonudo, ¿eh? Eso de decir las palabras mágicas y... ¡Khaboom! Ya no le tienes miedo a nada. Más fuerte, más rápido, más listo... y poder volar.

Lentamente, el hijo de Lim levantó un poco los brazos y me lo ofreció. En aquel momento yo no me di cuenta, pero puede que el pequeño pensase que había ido allí a llevarme también su tebeo, que lo estaba coaccionando a él igual que a su padre y, por eso, me había ofrecido su mejor tesoro, resignado, como quien ofrenda un hijo a los dioses. De repente, algo en aquel gesto encendió una luz roja en mi cerebro. Era una luz que no había vuelto a ver desde hacía años, una luz pertinaz y molesta. Antes de ver los moratones de los brazos, lo comprendí. Las piezas se movieron de repente y el puzzle cambió de aspecto.

Agarré al pequeño y lo puse de pie. Me arrodillé frente a él y, sin ningún disimulo, aparté el cuello de la camisa y le miré el pecho. Luego lo volví e hice lo mismo con su espalda. El resultado no fue muy diferente. Con aquel pobre chiquillo no habían tenido la delicadeza que yo sí había tenido con su padre. No sé si le debía dinero a alguien, supongo que no, y sin embargo se habían cobrado muy cara una deuda que seguramente ni él mismo sabía que había contraído. La luz me tiró del caballo como a San Pablo y, de repente, supe con quién había pagado Melvin Lim cada uno de los golpes que la vida le había dado, cada uno de mis golpes. Entendí de otra manera los ojos de aquel niño, su espera sobre aquel taburete, su silencio, su abandono, su indefensión, y también su rabia, su odio callado y su severidad inmisericorde al mirarme. Melvin cambió de aspecto y dejé de verlo como a una víctima. El niño no me dijo nada, pero tampoco hacía falta. Yo conocía demasiado bien las heridas como aquéllas; son heridas muy diferentes a las que te haces al pelearte con otro en el patio o al caerte, porque son heridas que, en vez de rasgar la piel o partir los huesos, lo que parten es el alma.

— A ti tampoco te gusta mucho el mundo en que vives, ¿verdad?... Toma —saqué un billete de veinte y se lo puse en la mano—, ve y cómprate alguno nuevo. Éste está ya un poco viejo.

Siguió callado, como si no pudiera creerse lo que le estaba ocurriendo, a punto de echarse a llorar. Lo empujé hasta la calle y esperé hasta que dobló la esquina. No le importó que lloviera, en el quiosco le esperaba el Capitán Meteoro...

Antes te hablaba de mis virtudes y mis defectos. Tú los conoces bien. La mala leche es el peor o quizás el mejor de ellos, aunque todavía no he descubierto si debo de colocarlo con las primeras o con los segundos... A veces la ira se apodera de mí, y entonces soy capaz de cualquier cosa. En la mayoría de las ocasiones lo que resulta de uno de estos ataques no suele ser muy bueno; al día siguiente, casi siempre me arrepiento, me duelen los huesos o le duelen a alguien... pero aquella vez creo que la cosa fue diferente. Sin mediar palabra. Me olvidé del crío, di media vuelta y con pasos largos me dirigí, de nuevo, hacia la trastienda. Melvin Lim me esperaba en el umbral, agitando las palmas de las manos como un autómatas y balbuceando, sin saber muy bien qué decir. De todas formas hubiera dado igual, yo había firmado ya su sentencia. Me vio llegar pero no supo o no quiso defenderse. La primera hostia que le metí le partió la nariz y, seguramente, alguno de los huesos de la cara. Dio dos pasos hacia atrás y tropezó con la silla de su escritorio antes de caer de espaldas.

— Lo he pensado mejor. Creo, Melvin, que a tu hijo no le importará demasiado si me cobro ahora...

No sé qué pensó Melvin Lim mientras yo descargaba mi ira sobre su estómago y su cabeza, o si ni siquiera tuvo tiempo de pensar en nada. Quizás no hubiera pensado nunca... Seguí pegándole patadas hasta que dejó de moverse. Después de tropezar, había tirado del cable del flexo y lo había hecho caer también al suelo. Milagrosamente, el aparato no se desenchufó y siguió funcionando, iluminando toda la escena desde un rincón. Las sombras quedaron entonces por encima de nosotros, a nuestras espaldas. En ese instante dejé de ser un ser

humano y me convertí en una marioneta controlada por mi lado más oscuro. Mi parte tenebrosa movía los hilos y yo me dejaba llevar como si no pudiese actuar de otra forma. El demonio oscuro de mi alma había escapado y era libre, y yo, en cambio, era ahora prisionero suyo. No pude verlo, el títere nunca ve al titiritero, pero quizás Lim sí pudo. Puede que lo último que viera aquel pobre desgraciado fuera una gran sombra que se cernía sobre él y que le causaba un dolor que parecía no tener fin, o puede que, cuando su hígado y su bazo reventaron, él ya estuviera más allá de toda posibilidad de comprensión. De todas formas, creo que nunca fue alguien muy dado a las metáforas. Me imagino que moriría, si es que finalmente murió, de la misma manera en que había vivido: sin entender nada. Estoy seguro de que no se dio cuenta de que no había sido yo su ejecutor, sino sus propios pecados. Apostaría mi brazo derecho a que nunca comprendió que aquel líquido caliente sobre el que se encontraba tirado era su propia sangre...